

Históricas Digital

Antonia Pi-Suñer Llorens

“Pedro Pruneda”

p. 171-188

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PEDRO PRUNEDA

ANTONIA PI-SUÑER LLORENS*

Datos biográficos

Pedro Pruneda nació en Teruel, España, el 13 de mayo de 1830. Fue hijo de Víctor Pruneda, convencido y tenaz republicano federalista que se dedicó a hacer proselitismo desde la década de los cuarenta, cuando dicha tendencia política era aún fruta exótica en la península ibérica. Dado el ambiente familiar, Pedro militó desde temprana edad en las filas del republicanismo. En 1850 se tituló de maestro de primera enseñanza y desde entonces se dio a conocer tanto por sus pequeñas obras literarias y sus traducciones como por sus artículos periodísticos. En 1854, al dar comienzo el llamado Bienio Progresista —en el que, debido a su colaboración en las jornadas de julio, el núcleo demócrata pudo manifestarse y participar más activamente en el ámbito político—, se trasladó a Madrid y ocupó, gracias a los contactos de su padre, el cargo de escribiente del ministerio de la Gobernación.

Al final del Bienio, en 1856, Pedro renunció a su empleo y volvió a Teruel a continuar sus estudios. Allí trabajó con su progenitor en la edición del periódico satírico *El Órgano de Móstoles*. Al cabo de algún tiempo, sin embargo, regresó a Madrid en donde, a la vez que escribía en la prensa republicana, profundizaba en temas históricos, mismos que luego dejaría plasmados en varios escritos. Colaboró en los principales diarios del grupo demócrata como fueron *El Pueblo*, *La Discusión* y *La Democracia*. Su trayectoria dentro de dicho núcleo puede seguirse a través de sus artículos, ya que si bien al principio trabajó con Francisco Pi y Margall, cuyo republicanismo era de corte más socialista y claramente federalista, luego se separó de dicha línea para seguir la de Emilio Castelar, más individualista y menos radical. En 1866 participó como activista convencido en la sublevación del cuartel de San Gil, movimiento demócrata en contra del gobierno de Isabel II y que se frustró.

En 1867, entusiasmado ante el triunfo de la república mexicana sobre el imperio, escribió y editó su *Historia de la guerra de Méjico desde*

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

1861 a 1867, en la que reseñó de manera muy detallada la guerra de intervención. Se entregó luego en cuerpo y alma a la revolución de 1868 que dio fin al reinado isabelino e inicio al famoso Sexenio Revolucionario español en el que la política hispana vivió momentos de intenso liberalismo. Nuestro personaje no llegó, sin embargo, a ser testigo del advenimiento de la primera República española por la que tanto había trabajado, ya que murió en 1869, cuando la revolución apenas desembocaba en un nuevo gobierno monárquico.

Pruneda, historiador de México

El título completo del libro de Pedro Pruneda es *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867, con todos los documentos diplomáticos justificativos, precedida de una introducción que comprende la descripción topográfica del territorio, la reseña de los acontecimientos ocurridos desde que Méjico se constituyó en República federativa en 1823 hasta la guerra entre Miramón y Juárez, y acompañada de 25 a 30 láminas litografiadas, representando retratos de los principales personajes y vistas de las ciudades más populosas*. Fue editado en Madrid en 1867 por la casa Elizalde y Compañía.¹ La obra no se publicó en México hasta 1973, fecha en que la editorial del Valle de México hizo una edición facsimilar.

Pruneda dividió su narración histórica en cuatro apartados. El primero consiste en un prólogo en el que el autor nos da a conocer tanto las razones que lo movieron a escribir sobre la cuestión mexicana como sus firmes principios demócratas y republicanos. Sigue luego una introducción en la que describe a México desde el punto de vista topográfico y geográfico, para ubicar al lector en el escenario donde ocurre la historia que va a relatar. Pasa luego a la primera parte de su discurso en el que, en 70 páginas, recorre nuestro proceso histórico desde los tiempos prehispánicos hasta la guerra de Reforma. En la segunda parte recrea, de manera muy detallada, en 400 páginas, la historia de la guerra de Intervención. Este último apartado está él mismo dividido en seis libros cuyos títulos son: *Preliminares de la guerra y las Conferencias de Orizaba*, *el Sitio de Puebla*, *la Regencia*, *el Imperio*, *la Restauración* y *la Caída del Imperio*. Cada uno de estos libros lleva uno

¹ La edición, en gran formato a doble columna, resultó muy lujosa. De las 27 láminas, que son de muy buena calidad, 16 representan a los principales personajes, tanto del bando republicano como del monárquico, del periodo reseñado. Las 11 restantes son vistas de la ciudad de México, Guanajuato, Guadalajara, Veracruz, Jalapa, Matamoros, Acapulco, Tampico y Querétaro.

o dos apéndices documentales en los que el historiador español publica manifiestos, decretos, partes de guerra, artículos de periódicos, pero sobre todo una buena cantidad de documentos diplomáticos de todos los países involucrados en la Intervención en México.

El estilo de Pruneda es claro, ágil y sobrio. No cae ni en largas digresiones ni en apasionados —o remilgosos— relatos, defectos en los que incidió más de un historiador decimonónico. Don Pedro construye su narración de tal manera que parecería que había sido testigo presencial de los hechos. La enorme cantidad de datos fidedignos que proporciona sobre el acontecer diario de nuestro país en aquellos años, la manera exacta en que transcribe los nombres de pueblos y ciudades, la descripción precisa tanto de las acciones de guerra como de las ceremonias celebradas con motivo de la llegada de Maximiliano a la ciudad de México y de la entrada triunfal de Juárez a la misma en julio de 1867, nos hacen pensar que difícilmente se podía escribir, en Madrid, con tanta precisión sobre lo que acontecía —o acababa de acontecer— en México. En efecto, si tomamos en cuenta lo atrasadas y tergiversadas que llegaban las noticias a España, cuesta imaginarse cómo se podía formar una opinión tan clara de lo que estaba sucediendo en nuestro país. Éste es un punto que nos ha intrigado a lo largo de la lectura de la *Historia de la guerra* y al que hemos tratado de dar alguna explicación.

Lo más lógico sería pensar que Pruneda hubiese estado en México durante la guerra de Intervención y que por lo tanto hubiese sido testigo de los hechos. En contra de esta hipótesis tenemos, por un lado, que él nunca dice haber estado aquí —no vemos por qué tendría que ocultarlo—, y, por otro, que en junio de 1866 participó en la insurrección de San Gil y que después siguió conspirando hasta que triunfó la famosa revolución de septiembre, en 1868, lo que le habría dado escaso tiempo para un viaje a México. La segunda explicación podría ser la que indicó Niceto de Zamacois en su *Historia de Méjico*, respecto a que Pruneda fuese un “nombre supuesto por el verdadero autor” y que “quien escribió la *Historia de la guerra de Méjico*” fuese una de las personas más adictas a Juárez.² En contra de esta afirmación podemos argüir que Pedro Pruneda fue un personaje que realmente existió en España y que, aparte de la obra que comentamos, escribió varios otros libros de historia.

Si descartamos, por lo tanto, la estancia de don Pedro en nuestro país durante la guerra de Intervención y el que Pruneda fuese un nombre supuesto, tenemos que aceptar que para poder escribir con tanta precisión sobre el acontecer diario de la guerra, nuestro historiador tuvo

² Niceto de Zamacois, *Historia de Méjico desde sus tiempos más remotos hasta nuestros días*, Barcelona-Méjico, Parres, 1876-1882. V. xvi, p. 480, y v. xvii, p. 256.

que contar con alguien que le suministrase información directa, constante y verídica. Este “alguien” sería por lo tanto un informante o un corresponsal cuyas noticias fueron de primera importancia para la redacción de la *Historia de la guerra*. A nuestro parecer hay varios elementos en la obra que nos permiten sostener esta hipótesis. Desde la presentación de la escenografía donde ocurre el drama histórico, es evidente que Pruneda transcribe las descripciones de alguien que conoce y admira el paisaje mexicano, tal y como lo vemos en la siguiente cita:

Es imposible ver y no amar aquella naturaleza ataviada de tan gran lujo de creación, bajo un cielo tan puro que se anubla tan periódicamente para inundar la tierra con el torrente de las aguas tropicales. Desde lo alto de las montañas inmediatas, el valle de Méjico presenta uno de los cuadros que jamás se olvidan.³

Por otro lado, tenemos que uno de los seis libros en que Pruneda divide la *Historia de la guerra* lleva por título “la restauración”. Dicho término, que formaba parte del léxico utilizado por los juaristas al triunfo de la República, se repite al final de la obra al referirse el autor a la llegada de Juárez a la ciudad de México: “...la que acaba de recibir con palmas y flores, con aclamaciones de júbilo entusiasta al restaurador de la república”.⁴ Pruneda está, por lo tanto, empleando un término acuñado por el partido liberal y que en Europa era de difícil aplicación puesto que allí lo único que se “restauraba” eran las monarquías. Finalmente, creemos que la razón de mayor peso para pensar en la existencia de un informante es que Pruneda, al final de la obra, se equivoca al apuntar que el día 20 de noviembre se había instalado en la ciudad de México el cuarto Congreso constitucional. Recordemos que, efectivamente, en la famosa y debatida convocatoria a elecciones del 14 de agosto de 1867, se anunciaba la apertura de las sesiones de dicho Congreso para el 20 de noviembre, pero que debido a las vicisitudes políticas causadas por la propia convocatoria, dicha Asamblea no se instaló hasta el 8 de diciembre. Ello nos indica que seguramente fue este documento el último que tuvo don Pedro en sus manos y que supuso que todo se había hecho conforme a lo estipulado, por lo que no dudó en reseñarlo en la *Historia de la guerra*. Este error puede ser la prueba de cómo trabajaban Pruneda y su informante: éste le proporcionaba la información y él, en su gabinete, le daba forma de narración histórica.

³ Pedro Pruneda, *Historia de la guerra de Méjico de 1861 hasta 1867*, Madrid, Elizalde, 1867, p. 5.

⁴ *Ibid.*, p. 445.

Otro de los puntos que nos ha preocupado a lo largo de la lectura es la insistencia de don Pedro en “la premura del tiempo”⁵ y en “las poquísimas fuerzas” con que contaba para realizar la obra.⁶ Según él mismo nos dice, empezó a escribir el primero de agosto de 1867 y, como la *Historia de la guerra* se publicó aquel mismo año, es evidente que estuvo muy presionado para terminarla. Tanto esta insistencia en el agobio por dar punto final a la obra como el uso del léxico liberal mexicano nos llevan a preguntarnos si no fue el propio gobierno juarista el que contrató a Pruneda para que escribiese el libro.

¿Quién podría haber sido el contacto de don Pedro? ¿Qué clase de arreglo tuvo con él? Si bien estas preguntas son de difícil contestación, el hecho de que el gobierno de Juárez tuviese varios agentes secretos que buscaron apoyo a la causa de la República mexicana en los medios políticos e intelectuales de las potencias europeas nos puede dar una pista. Tres de aquellos agentes nos son conocidos. El uno fue Eugène Lefèvre y los otros dos, los hermanos Maneyro, Manuel y Luis. De éstos, el primero fungía como cónsul de México en Burdeos desde los años cincuenta,⁷ el segundo fue también cónsul en El Havre hasta agosto de 1863, fecha en que Napoleón III le quitó el *exequatur*.⁸ A partir de aquel momento residió en París y estuvo en contacto directo con Matías Romero en Washington, quien daba cuenta de sus acciones a Juárez.⁹ Si bien alguno de los dos hermanos Maneyro pudo haber invitado a Pruneda a escribir la *Historia de la guerra*, nos inclinamos más a pensar que seguramente fue Lefèvre, por las razones siguientes.

Recordemos que Eugene Lefèvre fue un periodista francés que había radicado en Morelia y había sido editor de *La Tribune du Mexique*, diario en el que había mostrado su entusiasmo por el partido liberal.¹⁰ En 1862 había publicado un libro titulado *Le Mexique et l'intervention européenne*, en el que afirmaba que “la hemos abordado sin pasión, pero también sin miedo porque, a nuestro parecer, es la única manera de dar a conocer la situación a aquellos que sólo conocen los hombres y las

⁵ *Ibid.*, p. 69.

⁶ *Ibid.*, p. 25.

⁷ *El Eco Hispanoamericano*, París, 28 de febrero de 1857. En aquellos años, Maneyro obedecía a las órdenes del gobierno de Ignacio Comonfort y ayudó mucho a apoyar la política de José María Lafragua respecto a las reclamaciones españolas.

⁸ Jorge Tamayo, *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, México, Libros de México, 1974, v. VIII, p. 112. Juan Antonio de la Fuente a Benito Juárez, 15 de agosto de 1863.

⁹ *Ibid.*, v. I, p. 360, v. IX, p. 193, v. X, p. 81, v. XI, p. 298.

¹⁰ Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, México, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 1993, p. 107-108.

cosas de este país a través de los informes de algunas personas que solamente están interesadas en engañarlos.”¹¹

En 1864 Lefèvre se encontraba en Londres como agente secreto del gobierno de Juárez, percibiendo un sueldo de 100 pesos mensuales.¹² Allí recopilaba documentos y datos y a la vez estaba en contacto con políticos europeos cuyo apoyo logró para la causa juarista.¹³ En 1869 el agente francés publicó una historia de la Intervención Francesa en México,¹⁴ basada en todos los documentos que había podido reunir en aquellos años. Si bien ésta fue, en su forma, totalmente distinta de la de Pruneda, en el fondo tenía la misma intención: denunciar la razón última de la intervención, que era acabar con la república y establecer la monarquía.¹⁵ Ambas se basaban, además, en gran cantidad de documentos diplomáticos y resultaron ser un alegato en favor de la causa juarista.

Llegamos así a la conclusión de que el informante de Pruneda podría haber sido Lefèvre. Cabe entonces preguntarse cómo pudieron encontrarse estos dos personajes. Aquí debemos recordar el acendrado republicanismo del historiador hispano quien, como vimos más arriba, se había distinguido por sus colaboraciones en el periodismo de opinión en Madrid y por su cercanía a las grandes figuras republicanas de España, como eran Francisco Pi y Margall y Emilio Castelar. Este último, con el que colaboraba don Pedro, asistió en 1867, en Ginebra, a un congreso convocado por la recién creada Liga para la Paz. Aquella reunión sesionó bajo la presidencia honoraria de Giuseppe Garibaldi y Giuseppe Mazzini, eminentes figuras del republicanismo italiano, y contó con la asistencia de personajes de la Europa “revolucionaria”

¹¹ Eugène Lefèvre, *Le Mexique et l'intervention*, México, Ignacio Cumplido, 1862, p. 423. La traducción es nuestra.

¹² Jorge Tamayo, *op. cit.*, v. I, p. 360.

¹³ Lefèvre estuvo en contacto en Europa con Jesús Terán. Su relación con Benito Juárez era a través de Matías Romero en Washington, quien le remitía sus cartas. Sabemos, a través de esta correspondencia, que el agente francés había logrado el apoyo de Jules Favre y que además era amigo de Louis Blanc, socialista francés que sostuvo también la causa juarista. Jorge Tamayo, *op. cit.*, v. IX, p. 73, v. XI, p. 150-151, v. XIII, p. 975-976.

¹⁴ El título de la obra es *Documentos oficiales recogidos en la secretaría privada de Maximiliano. Historia de la intervención francesa en Méjico*, 2 v., Bruselas y Londres, 1869.

¹⁵ En palabras de Pruneda lo que buscaban los intervencionistas era “la destrucción de la República y el establecimiento de la monarquía”, Pedro Pruneda, *op. cit.*, p. 69. En las de Lefèvre, “el objeto que se proponían los gobiernos de Francia y de España al intervenir en los asuntos interiores de Méjico era derribar la forma republicana para reemplazarla con un gobierno monárquico”. E. Lefèvre, *op. cit.*, v. I, p. 69. Ambos, además, denunciarían la política intervencionista de Europa con más o menos las mismas palabras, tal y como lo expresó Lefèvre, al escribir “basta ya de intervenciones absurdas en América”. *Ibid.*, v. I, p. 70.

como Víctor Hugo, Edouard Quinet, Jules Simon, Jules Favre, Élisée Reclus, Stuart Mill. Las resoluciones de aquel congreso y del siguiente, que se celebró al cabo de un año, giraron en torno de la no intervención y del establecimiento de regímenes republicanos democráticos, basados en el sufragio universal.¹⁶ Ignoramos si Pruneda y Lefèvre asistieron a dicha reunión, pero por la lectura de sus obras es evidente que estaban de acuerdo con todas sus propuestas. No olvidemos, además, la solida-ridad que existía, a la altura de los años sesenta, entre los sectores ideológicos afines.¹⁷ Quizás en Ginebra se fraguó la idea de que el republicano español escribiese un libro que apoyase los principios de la Liga Internacional de la Paz y la Libertad y a la vez defendiese la causa juarista y su lucha en contra de la intervención. Esto nos permitiría explicar, por un lado, la premura del tiempo a que se refirió con insistencia Pruneda y por otro el tono triunfalista y aleccionador de la *Historia de la guerra de Méjico* al presentar la victoria de Juárez como un hito en la historia.

Si nuestra hipótesis resultase correcta estaríamos de acuerdo en que la razón primera que tuvo don Pedro para escribir su obra fue defender a nuestro país y a la causa republicana de las acusaciones de que eran objeto en Europa ya que “los pueblos que, como México, defienden su autonomía y su independencia con tanto brío, no merecen ser tratados tan duramente como acostumbran los escritores europeos”, al decir de Pruneda.¹⁸ La figura de Benito Juárez, central en todo este drama, cobra entonces una dimensión especial: su perseverancia y su fe en la causa republicana se convierten en casi míticas, puesto que “la República no debía perecer. El genio de Juárez velaba por ella”.¹⁹ Para el historiador español, el presidente mexicano había demostrado “una entereza de carácter propia solamente de los hombres superiores que saben dominar los acontecimientos y sobreponerse a las ambiciones de segundo orden”.²⁰ Y es que, para él, “el hombre de frac” contaba con

esa gran fuerza moral, superior a los fusiles y a los cañones, que sabe avivar la llama del patriotismo cuando empieza a extinguirse; que lleva la fe al alma de los incrédulos, anima a los que desfallecen, enardece a los que desmayan, y llega más tarde o más temprano a sobreponerse a todo género de contradicciones y reveses.²¹

¹⁶ María Victoria López-Cordón, *El pensamiento político internacional del federalismo español*, Barcelona, Planeta, 1975, p. 41-42.

¹⁷ *Ibid.*, p. 43.

¹⁸ Pedro Pruneda, *op. cit.*, p. IX.

¹⁹ *Ibid.*, p. VII.

²⁰ *Ibid.*, p. 228.

²¹ *Ibid.*, p. VII.

Es evidente que al exponer cuál fue el sentido de la victoria juarista, don Pedro exalta el triunfo de los principios republicanos. Como éstos apenas se abrían camino en Europa y sus enemigos políticos los consideraban ridículos, Pruneda aprovecha la guerra de Intervención Francesa en nuestro país para arremeter en contra de las ideas monárquicas y denunciar al viejo continente por el poco conocimiento que tiene de los países de allende los mares, ignorancia que atribuye tanto a la falta de interés como a un profundo desprecio por el nuevo mundo. Así, no titubea en señalar que los grupos reaccionarios,

ciegos ante el esplendor de la verdad, impasibles ante la evidencia de los hechos... tienen un criterio especial para juzgar los acontecimientos y cuestiones de América. Embelesados por las tradiciones monárquicas de Europa, parécenles imposible que haya otra forma de gobierno más excelente, más perfecta que la monarquía. Consideran como una aberración la democracia, la república como origen perenne de trastornos y anarquía, el respeto a la libertad individual como un absurdo, la libertad de conciencia como un sacrilegio, el sufragio universal como una locura, la igualdad civil como una utopía.²²

Tal era la euforia de don Pedro ante el triunfo de las ideas republicanas en México que no sólo se propuso historiar la guerra de intervención sino que quiso dar toda una visión de nuestro proceso histórico para mostrar que México era “esencialmente republicano así en el fondo como en la forma”.²³ Por ello, a lo largo de sus páginas insiste en la lucha entre la monarquía y la república, señalando que, entre dos principios que se combaten, toda la fuerza está del lado de aquel que lleva en sí mismo, a la par que la sanción del tiempo y de la costumbre, la interpretación más cabal de las necesidades de un pueblo y de una época.²⁴

Los conceptos de no-intervención y de soberanía de los pueblos conforman así la base ideológica de la obra de Pruneda, quien sostiene que “esas grandes familias llamadas naciones, tienen el derecho de gobernarse a sí propias; que atentar contra ese derecho es violar un derecho primordial”.²⁵ Para él, el triunfo juarista ha marcado un hito en la historia pues ha demostrado que “el presente como el porvenir no pertenecen ya a la intervención, que mata a la libertad, sino al sufragio universal que nace de ésta, que le da fuerza”.²⁶ Convencido de que

²² *Ibid.*, p. III.

²³ *Ibid.*, p. 203.

²⁴ *Ibid.*, p. 409.

²⁵ *Ibid.*, p. IX.

²⁶ *Ibid.*, p. 75.

“no hay ningún medio humano para someter a viva fuerza a un pueblo que se empeña en defender su independencia”,²⁷ pone en evidencia los principios rectores de la política europea que son el belicismo y el intervencionismo. Comprobamos así que la obra de Pruneda encaja perfectamente en la temática pacifista que difundían los grupos demo-cráticos europeos.

Don Pedro tiene por lo tanto un programa político que defender y lo hace a través de la historia de nuestro país. Ello nos podría explicar por qué se avino —si es que nuestra hipótesis es válida— a escribir la Historia de la guerra. Admira la vitalidad de América y su tenacidad para vencer al enemigo cuando éste atenta contra su libertad y por ello insiste en que México, en su lucha en contra de la intervención, ha dado una lección al mundo. La capacidad americana —ya sea hispana o anglosajona— de defender contra viento y marea los principios que él y sus correligionarios europeos propugnan, ha dejado atónito a Pruneda, quien escribe:

que la guerra estalle entre el norte y sur de los Estados Unidos en nombre de un gran principio y para destruir una gran iniquidad y veréis cómo surgen como por encanto ejércitos de cien mil hombres que libran batallas comparadas con las cuales Marengo y Austerlitz parecen insignificantes escaramuzas; que México vea amenazada su independencia y su libertad y le veréis luchar con denuedo, disputando palmo a palmo la tierra sagrada de la patria, sin intimidarse por el número y la disciplina de los invasores, sin desmayar ante los continuados reveses, sin perder la fe ante las repetidas traiciones.²⁸

El historiador español está convencido de que al Continente Americano le aguarda un grandioso futuro tanto por el dinamismo que caracteriza a los pueblos jóvenes como por los principios liberales que le son intrínsecos. Por ello la expresión “Ay de la libertad, si arrojada del viejo Continente, no pudiera refugiarse en las playas hospitalarias de la joven América”,²⁹ se convierte en una de las tesis del libro. Lo cual nos podría explicar el que tuviese tanta tendencia a idealizar los acontecimientos de nuestro país y a presentarlo en varias ocasiones como el paraíso de la democracia, tal y como lo hace en las siguientes líneas:

¿Podrá, decimos, implantarse (la monarquía) en América, allí donde al

²⁷ *Ibid.*, p. 215.

²⁸ *Ibid.*, p. 70.

²⁹ *Ibid.*, p. xi.

pueblo se le enseña antes que todo a conocer sus derechos; al ejército a que tenga abnegación y a que defienda la libertad e independencia mismas; a la prensa y a la tribuna a que escriban y discutan con completa libertad: allí, finalmente, donde el fausto y opulencia del primer jefe del Estado no se diferencia apenas del modesto vivir del último ciudadano?³⁰

Este párrafo, junto con tantos otros a lo largo de la obra, nos hace sostener que Pruneda sí escribió el libro en España. En su gabinete combinó los datos y los escritos proporcionados para la redacción de la *Historia de la guerra* con sus acendrados principios demócratas y republicanos, llegando a idealizar la realidad mexicana.

Creemos que otro de los objetivos de la obra de Pruneda fue acercar a los pueblos mexicano y español. A lo largo de su libro, don Pedro insiste en la fraternidad entre México y España y le importa aclarar que la decisión de intervenir en nuestro país fue del gobierno y no del “pueblo sensato español”, quien se oponía a la expedición militar porque sentía que se iba a hacer la guerra a un pueblo hermano “tan desigual además en poder y en influencia”, y presentía que se iban a “cumplir intenciones poco nobles y generosas”.³¹ Pruneda consideraba que la política española en la cuestión mexicana debía ser de conciliación y no de confrontación, de comprensión y no de intervención armada, porque

los actos de torpeza y de crueldad en otros tiempos en el nuevo mundo no tienen hoy otra enmienda ni pueden darle (a España) otra gloria que las que se originen de su prudencia y de su arrepentimiento.³²

Según nuestro autor, todo un pasado de colonización y explotación había dejado tan mala imagen en México que era preciso cambiarlo. Para lograrlo eran necesarias tres actitudes: la primera, que aquellos españoles que vivían en México dejaran de comportarse “como aves de rapiña que cogen su presa y se retiran a su nido a devorarlas”;³³ la segunda, que esos mismos grupos se abstuviesen de intervenir en la política mexicana, y la tercera, que el gobierno español comprendiese y apoyase la lucha de nuestro país por su libertad. En este sentido, Pruneda reconocía que la labor de acercamiento entre los dos países había sido reforzada por la actitud del general Juan Prim, pero en ningún momento convirtió a la *Historia de la guerra* en un panegírico

³⁰ *Ibid.*, p. 88.

³¹ *Ibid.*, p. 75.

³² *Ibid.*, p. 105.

³³ *Ibid.*, p. 173.

del conde de Reus. Es evidente que sentía respeto por él, admiraba “su gallardía, su *savoir faire*” y “la serenidad de espíritu que en todos sus actos le han distinguido”,³⁴ pero en cambio se mostró muy mesurado en sus juicios políticos, en lo que notamos las diferencias ideológicas que había entre los republicanos y los progresistas españoles, mismas que se hicieron patentes al estallar la revolución de 1868.

Es interesante subrayar que si bien Pruneda hizo hincapié en la fraternidad que debía existir entre México y España le fue difícil, sin embargo, relatar la historia de nuestro pasado desde esta óptica, por lo que su discurso cae, muchas veces, en la actitud usual del español hacia América, la del paternalismo condescendiente. No cabe duda de que, por más que asume posturas ideológicas igualitarias, don Pedro no puede desprenderse de toda una circunstancia histórica que lo ha nutrido y formado. Así, a pesar de defender a México, de alabarlo y de augurarle un espléndido futuro, en el fondo lo ve como un país inferior. Para él, todo lo positivo que tiene el pueblo mexicano es producto de la raíz hispana, por lo que escribe sin desenfado:

hemos seguido con palpitante interés las alternativas de la heroica defensa de Puebla y nuestro corazón ha latido más de una vez con entusiasmo al recordar que los que de tal manera peleaban eran los hijos de aquellos que de nuestras playas llevaron al país de los aztecas su civilización y su actividad.³⁵

Y, en cambio, del México “no español” nos dice:

la población de Méjico está compuesta de varias razas, inquietas y turbulentas, que infunden espanto por su crueldad en dondequiera que se presenten... Hay una clase de hombres, de que ni en Europa ni en ninguna otra parte del mundo se tiene formada una cabal idea. Nos referimos a los llamados *léperos* o *zaragotes*, clase de proletarios que no se parecen a los de ningún otro pueblo, cuyo estado de miseria es debido únicamente a su indolencia, a su odio a la sujeción y al trabajo, a su apego al vicio.³⁶

Por ello afirma que si bien ha sido gracias a la tenacidad y convicción de Juárez que finalmente han triunfado los principios liberales, es necesario, para el futuro progreso del país, que “estas razas se emancipen y se reconcilien con los mejicanos de raza española”.³⁷

³⁴ *Ibid.*, p. 142.

³⁵ *Ibid.*, p. 173.

³⁶ *Ibid.*, p. 86.

³⁷ *Ibid.*, p. 445.

Es evidente que con tal bagaje conceptual, Pruneda no podía ser muy objetivo respecto a la conquista y la colonización. En lo que concierne a esta última, acorde con sus principios demócratas, rechazaba todo colonialismo opresor y explotador, por lo que procuró condenar al español, como nos lo muestran las siguientes líneas:

convertido el imperio azteca en colonia española, fue explotada por sus ávidos dueños y durante tres siglos estuvo encorvada bajo el triple yugo del despotismo militar, del fanatismo religioso y del monopolio financiero, condenada a no producir por sí y para sí, languideciendo sobre un suelo fértil y bajo el más hermoso cielo de la tierra.³⁸

Postura que le lleva a afirmar que los actos de torpeza y de crueldad cometidos en otros tiempos en el nuevo mundo “no tienen hoy otra enmienda ni pueden darle otra gloria que las que se originen de la prudencia y del arrepentimiento”.³⁹ Sin embargo su objetividad respecto a la explotación colonial desaparece al referirse a la conquista, la que, “considerada bajo el punto de vista del valor intrínseco de los acontecimientos, no hay suceso histórico con que compararla”.⁴⁰ Para don Pedro la conquista española fue positiva porque introdujo el cristianismo, religión que a la vez que había unido a los pueblos prehispánicos, los había civilizado. Como nuestros liberales cristianos, el historiador español reitera una y otra vez que la doctrina de Cristo había sido la propagadora de las ideas de igualdad y fraternidad.

El método seguido por Pruneda para armar su discurso histórico es el alternar el relato tanto de las vicisitudes de la guerra en los bandos republicano y conservador como el de los actos de los respectivos gobiernos. Si bien a nuestro parecer salió airoso del reto que era el escribir sobre una guerra que acababa de suceder en un país tan lejano, varias son las veces en que insiste en la dificultad en la que se encuentra para hacer comprender los sucesos de allende los mares:

desde la entrada de los franceses en México hasta la toma de Querétaro, la historia de la guerra de México se complica, y a medida que el tiempo transcurre, se va haciendo más difícil abarcarla en sus múltiples y variadas peripecias.⁴¹

Es evidente que para poder lograr un relato verídico necesitó de mucha información, parte de la cual le tuvo que ser proporcionada por

³⁸ *Ibid.*, p. 8.

³⁹ *Ibid.*, p. 105.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 8.

⁴¹ *Ibid.*, p. 213.

alguien, tal y como lo explicamos más arriba.⁴² Dichas fuentes, a las que podemos considerar de primera mano, le sirvieron para escribir lo que constituye la parte esencial de la *Historia de la guerra*, que consta de cerca de 400 páginas. A nuestro parecer, la siguiente afirmación puede ser un buen ejemplo del tipo de información que recibía acerca de la guerra en México, ya que se nota que es de alguien que ha vivido la experiencia:

propiamente hablando, no hay una guerra regular, sistemática y calculada, sino una resistencia que está en todas partes y en ninguna; no se dan batallas formales, sino escaramuzas que tienen lugar todos los días y en todos los parajes; no hay sitios de plazas fuertes, pero se toman y pierden ciudades, que vuelven a perderse y ganarse con la misma facilidad por ambas partes.⁴³

En cuanto a las fuentes del primer apartado de la obra, que en 60 páginas recorre nuestro devenir histórico desde los tiempos prehispánicos hasta la guerra de Reforma, Pruneda se basó en varias obras que él mismo apuntó a lo largo del texto, aunque nunca lo hizo en forma rigurosa. Los autores citados son Alejandro von Humboldt, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Antonio Solís, Lorenzo Boturini, fray Juan de Torquemada, Carlos María de Bustamante, Michel Chevalier y Lucas Alamán. Y si bien retrae a este último el que “no disimula sus aficiones monárquicas ni sus antipatías hacia el régimen republicano”,⁴⁴ de hecho lo sigue muy de cerca. Pruneda repite la célebre frase de don Lucas de que “la historia de Méjico desde la caída de Iturbide hasta la presidencia de Comonfort, pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santana”(sic).⁴⁵ También copia casi al pie de la letra el magnífico retrato que hizo Alamán del caudillo veracruzano, salpicándolo de adjetivos de su propia cosecha, con un resabio muy romántico como sería el decir que Santa Anna “tiene la movilidad de las olas y la inconstancia de los vientos”.⁴⁶ Sin embargo, a diferencia de don

⁴² En la obra de Pruneda hay referencia constante a varios periódicos de la época, sobre todo el *Diario del Imperio*, la *Estafette* y la *Ère Nouvelle*. Pruneda también utiliza, sin mencionar la fuente, el texto de Anselmo de la Portilla titulado *De Miramar a México*, que es la relación del viaje de Maximiliano y Carlota a México y de los festejos con que fueron recibidos a su llegada a la capital. Seguramente también tuvo en sus manos las *Revistas quincenales* que escribió el mismo de la Portilla durante el Imperio y que eran enviadas a Europa.

⁴³ Pedro Pruneda, *op. cit.*, p. 215.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 63.

⁴⁵ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, México, Jus, 1969, v. v, p. 434.

⁴⁶ Pedro Pruneda, *op. cit.*, p. 64.

Lucas, Pruneda —o quizás su informante mexicano— pudo referirse al último Santa Anna y apuntar que

el tiempo no pasa en vano y los tiempos de Santana pasaron para no volver... Sin pretender que se nos tenga por profetas, nos atrevemos a asegurar que el general Santana, cuya edad es ya bastante avanzada, morirá oscurecido en tierra extranjera sin dejar en México otra memoria que la de sus últimas y deplorables aberraciones.⁴⁷

Pedro Pruneda fue un liberal cristiano que veía la mano de Dios en el triunfo republicano y en el destino liberal de México. Para él, “los designios de la Providencia” se habían cumplido. Dos patíbulos lo habían revelado: “el primero se levantó el 19 de julio de 1824 para Agustín Iturbide; el segundo el 19 de junio de 1867 para el archiduque de Austria”.⁴⁸ Estos designios eran desde luego los de progreso, de libertad, de sufragio universal y de sistema republicano. Como buen demócrata, el historiador hispano predica que son los instintos de los pueblos los que cumplen los planes providenciales y que los hombres de Estado deben aprender a gobernarlos de acuerdo con su naturaleza. Así, en el caso mexicano,

desde el primer momento en 1824 como en 1867, las masas consideraron como imposible el Imperio en Méjico, y la expresión popular de aquella oposición es hoy un hecho consumado. Méjico ha vuelto a la República.⁴⁹

La providencia tiene pues en sus manos el devenir de los pueblos y si éstos se extravían, Dios está listo a “castigar con pronto y ejemplar castigo todas las malas acciones”,⁵⁰ de tal manera que con ellos “aprenda y estudie la humanidad”.⁵¹ Así Pruneda, siguiendo a Cicerón, asienta que la historia tiene la misión de ser “maestra de la vida” a la vez que “mensajera de la antigüedad”.⁵²

Si bien nuestro autor en varios momentos sostiene que hay leyes históricas que rigen al mundo, lo que nos parece un rasgo muy acorde con la época, insiste sin embargo en que éstas están impuestas por Dios, “cuyo dedo castiga al que intenta contrariar sus leyes, señalando a la vez la senda por donde debe dirigir siempre sus pasos la humanidad”.⁵³

⁴⁷ *Ibid.*, p. 439.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 437.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 437.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 77.

⁵¹ *Ibid.*, p. 89.

⁵² *Ibid.*, p. 69.

⁵³ *Ibid.*, p. 88.

Otras veces, Pruneda se nos antoja más moderno al considerar que la historia avanza como un proceso dialéctico, tal y como lo explica en este párrafo:

Acaso sea un bien para la civilización y el progreso que haya diversidad y antagonismo; acaso es ley de la humanidad el desarrollarse entre antítesis perpetuas y oscilaciones incesantes: porque de la oposición nace la competencia, de la competencia el estímulo, y del estímulo el adelanto.⁵⁴

Sin embargo resulta que esta lucha de principios es desigual ya que, según nuestro autor, el destino progresista de los pueblos hace que entre dos principios que se combaten, toda la fuerza está del lado de aquel que lleva en sí mismo, a la par que la sanción del tiempo y de la costumbre, la interpretación más cabal de las necesidades de un pueblo y de una época.⁵⁵

Ha sido justamente este destino republicano inherente a México el que ha triunfado en la lucha en contra del imperio. Pruneda muestra así su concepción trágica de la historia y arma una narración en la que el destino republicano de América se convierte en el principal actor.⁵⁶

El historiador debe, según don Pedro, “analizar los hechos sin pasión” y “abarcarlos en sus detalles y en su conjunto con ese criterio amplísimo y elevado que constituye el genio de la historia”.⁵⁷ Él acepta que en esta ocasión no ha podido seguir dicha regla, debido, por un lado, a la “premura del tiempo, que no permite compulsar noticias apasionadas y datos contradictorios” y, por otro, a “lo muy reciente de los sucesos que no deja lugar para estudiarlos con detenimiento”.⁵⁸ A pesar de que Pruneda reconoce no haber seguido estos pasos en su *Historia de la guerra*, queremos señalar que a lo largo de la lectura nos llamó la atención el que, si bien la obra es un claro alegato a favor de la causa juarista, su autor no deja tampoco de enfocar con comprensión la aventura de Maximiliano. Pruneda resalta su trayectoria liberal en Europa, sus buenas intenciones para con México, pero también su carácter débil e inconstante. Lo llama siempre “el infortunado emperador”, a quien el

⁵⁴ *Ibid.*, p. x.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 409.

⁵⁶ Con referencia a los distintos tipos de trama que puede adoptar la explicación histórica según Hayden White, ver de este autor “Tocqueville: el realismo histórico como tragedia”, en *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 187-222.

⁵⁷ Pedro Pruneda, *op. cit.*, p. 69.

⁵⁸ *Loc. cit.*

sino le tenía guardado un trágico fin. Insiste en el engaño de que fue víctima por parte de “unos cuantos falsarios ambiciosos mexicanos y el Emperador francés”.⁵⁹ A nuestro parecer esta postura del historiador español así como su buen saber historiográfico evitan que la obra caiga en el panfleto.

La repercusión de la *Historia de la guerra de Méjico* en el medio político e historiográfico del México decimonónico parece haber sido poca. En efecto, salvo Zamacois quien, como dijimos más arriba, hizo varias veces referencia a la obra, los demás historiadores mexicanos parecieran no conocerla. No hemos encontrado referencia a ella en los periódicos de la época ni en la obra cumbre del liberalismo mexicano que fue el *México a través de los siglos*, cuyo tomo referente a la intervención francesa y al imperio de Maximiliano fue escrito por José María Vigil. Tampoco lo hizo Manuel Rivera Cambas en su largo estudio sobre las intervenciones en México ni el mismo Justo Sierra en su laudatorio estudio sobre Benito Juárez. Por ello cabría preguntarnos si el libro llegó a circular en nuestro país, ya que las referencias hechas por Zamacois no son prueba de que haya llegado a México puesto que don Niceto escribió su *Historia de Méjico* en España. Sabemos, sin embargo, a través de dos cartas relacionadas con Benito Juárez, que la obra de Pruneda sí se conoció aquí y que sirvió a los allegados al presidente Juárez como refutación a las calumnias que corrían en Europa respecto a nuestro país y al fusilamiento de Maximiliano.⁶⁰ ¿Por qué, a los pocos años, los liberales mexicanos no hicieron mayor caso de una obra que alababa su constancia y su tenacidad a la vez que enarbolaba como bandera los principios republicanos por los que ellos tanto habían luchado? Es éste otro enigma de nuestra historia que parece haber quedado sin respuesta.

La obra de Pruneda no corrió con mejor suerte durante la primera mitad del siglo xx. En efecto no fue hasta 1967 que Miguel León-Portilla la rescató del olvido en México al publicar un pequeño artículo sobre ella.⁶¹ En 1970 Martín Quirarte, conocido especialista sobre la

⁵⁹ Pedro Pruneda, *op. cit.*, p. 237.

⁶⁰ En efecto existe una carta del especialista argentino en derecho internacional, Carlos Calvo, dirigida desde París el 24 de diciembre de 1868 a Manuel R. Terreros, diputado juarista, en que le agradece el envío del libro de Pruneda y de un retrato del propio Juárez. En carta dirigida al presidente, el 31 de aquel mismo mes, Terreros daba cuenta de la misiva de Calvo y de su intención de dar a conocer la obra para refutar “las calumnias con que se nos acusa”. Jorge Tamayo, *op. cit.*, México, Libros de México, 1974, v. XIII, p. 774 y 772.

⁶¹ Miguel León-Portilla, “El historiador Pedro Pruneda y su olvidada obra sobre la guerra de Intervención”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, México, UNAM-IIIH, 1967, v. II, p. 139-145.

historia de la intervención francesa y del imperio, dijo haber conocido la obra de Pruneda a través de su colega nahuatlato. En su bien documentada obra *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano* asentó que "era sin duda alguna uno de los libros más completos que se publicaron en Europa sobre la intervención francesa y el imperio de Maximiliano", añadiendo que la documentación presentada por Pruneda "sólo pudo ser igualada por Eugene Lefèvre".⁶² Seguramente debido a este rescate por parte de León-Portilla y de Quirarte fue que se hizo en México una reedición facsimilar de la *Historia de la guerra de Méjico* en 1973.

Consideramos que don Pedro salió airoso de la tarea que se propuso. Tanto el sinnúmero de detalles que dejó asentado como las oportunas reflexiones que hizo sobre personas y asuntos internos de México en aquellos años —muchos de los cuales se han ido perdiendo al construirse el discurso oficial—⁶³ contribuyen a que su texto permita revivir con bastante precisión, a pesar de los varios errores que contiene, aquellos años aciagos.

A nuestro parecer, la obra de Pruneda consiste en una valiosa fuente de primera mano para conocer la historia de la Intervención Francesa y del imperio de Maximiliano. Junto con las *Revistas históricas* de José María Iglesias es la única historia testimonial, escrita en lengua castellana, que tenemos de aquellos aciagos años. Por ello consideramos que, aun habiendo sido escrita por un español, la *Historia de la guerra de Méjico desde 1861 a 1867* amerita un lugar especial en la historia de la historiografía mexicana.

⁶² Martín Quirarte, *Historiografía sobre el imperio de Maximiliano*, UNAM-IIH, 1970, p. 93.

⁶³ Es muy interesante, por ejemplo, todo lo que se refiere a lo que Pruneda —o su informante— llaman la "conspiración del 15 de julio de 1866", que consistió en un complot de los colaboradores liberales del emperador, en contacto con Juárez por un lado y Santa Anna por otro, para tomar el poder. La conspiración fue descubierta y tuvo como consecuencia el viraje de Maximiliano hacia la reacción. El episodio relatado por Pruneda cuenta con varios documentos probatorios. *Op. cit.*, p. 346-367.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS